



Jacques Chirac tiene motivos para sonreír: su partido, el RPR, es el primero de Francia.

## Francia

# TODO HA VUELTO AL ORDEN

EDUARDO HARO TECLEN

**E**L 27 de junio de 1972 se produjo un acontecimiento histórico en la política francesa: el Partido Socialista y el Comunista —a los que se sumarían poco después los radicales de izquierda— firmaban el "programa común de Gobierno". La izquierda se unía por primera vez desde la época del Frente Popular de 1935 —los Gobiernos de coalición, presididos por De Gaulle en la posguerra, no cuentan: eran otra cosa—, y el PCF rompía el largo bloque de la guerra fría y se reintegraba a la familia de los partidos. A partir de entonces han ido ocurriendo dos hechos contradictorios: mientras a nivel de electores y militantes la esperanza crecía, en el nivel superior de los dirigentes aumentaban las querrelas. Una tendencia unitaria en la base, en el pueblo, se iba en cambio, denegando entre los notables. Otra progresión inversa: a medida que la unión de la izquierda se encontraba más cerca del poder, las divisiones internas la alejaban más de él. Todavía el primer do-

mingo electoral el 12 de marzo, a pesar de todo, la base electoral señalaba una mayoría de la izquierda. Pocas veces un pueblo ha sido más fiel a una ideología, pocas veces ha sido tan frustrado. Una semana después, el domingo último, en el segundo turno, el sufragio universal señalaba ya una tendencia mayoritaria a la derecha —50,5 por 100 frente al 49,5 de la izquierda, en cifras todavía aproximadas— que se iba a reflejar en una elección de diputados que, dando una composición muy semejante a la que tenía la Asamblea anterior, reforzaba notablemente las posiciones de la mayoría de derechas. La izquierda ha pagado "el precio de la división", como titulaba un periódico izquierdista —"Rouge"— el lunes siguiente al voto, mientras otro —"Libération"— escribía: "Réquiem por un programa difunto". La gran ilusión ha durado seis años. Nunca ha estado la izquierda tan cerca del poder. Ahora, se encuentra enormemente lejos.

Pero, ¿quién quería que la iz-

quierda ganase? Aparte de los sufridos electores, parece que solamente el Partido Socialista Francés. Había hecho todo su esfuerzo en ese sentido: toda la política de Mitterrand se ha volcado en la unión de la izquierda y el programa común. En el mundo, en los centros de decisiones de todo lo que pasa, este nuevo frente popular que no se atrevía a decir su nombre, no interesaba nada. No querían los Estados Unidos, no quería la Unión Soviética. Su juego de estabilidad europea es prácticamente inmovilista. La existencia de una decena de ministros comunistas —petición mínima de Gorges Marchais— en el Gobierno francés hubiera obligado a modificar todo el sistema defensivo de la OTAN, toda la concepción económica de Europa. Estados Unidos hubiera colocado en Alemania Federal más dinero, más tropas, más refuerzo político. Lo cual no conviene en nada a la Unión Soviética. Que, por otra parte, no desea de ninguna manera un progreso de ninguna forma

de eurocomunismo. Tiene que estar insistiendo sobre los partidos comunistas occidentales en que su camino es erróneo, en que no van a poder practicar, a la escala que desean, el "entrismo" de Trotsky: que las otras fuerzas políticas les van a llevar hasta las puertas del poder, pero les van a dejar en ellas. Como pasa en Italia (y cuando, en Italia, se llega a un subterfugio de coalición parlamentaria que no sea coalición gubernamental, surgen con curiosa oportunidad las Brigadas Rojas y modifican todo el panorama). No quería la URSS, no quería Estados Unidos; no quiere el gran capital —ni el pequeño—, ni Alemania Federal, ni los países vecinos de Francia, ni la OTAN, ni el Mercado Común. No quería el Partido Comunista Francés. Los malévolos dicen que no quería porque la URSS le sigue dominando y no le ha permitido ganar. Es, naturalmente, otra cosa. El PCF tampoco tiene gran interés en modificar la situación francesa y la situación internacional. No tiene interés en gobernar sabiendo que no puede satisfacer las demandas socialistas, y que no puede cambiar las estructuras económicas de la nación, y que si tratase de hacer esto último, tendría encima todas las posibilidades de riesgo, desde el golpe de Estado —relativamente probable— hasta la evasión de capitales y la huelga de inversiones —absolutamente seguras—. El resultado electoral cumple todos sus objetivos previstos: 1, salir del bloqueo y la soledad de la guerra fría; 2, mostrar que, si quisiera (y este es un juego lleno de sutileza) podría gobernar; 3, destruir el Partido Socialista y, concretamente, a Mitterrand; 4, acaparar, como puede hacerlo ahora, toda la oposición, porque, en efecto, si en las actuales circunstancias cualquier Gobierno va a ser incapaz de establecer la justicia social perdida y relanzar la economía, si el descontento popular va a ir creciendo, el PCF va a personalizar ese descontento y esa injusticia. Se asegura en París que el PCF se va a abrir ahora hacia la izquierda, incluyendo a los marginales (a partir de la celebración del aniversario de mayo de 1968, que el mismo PCF y la CGT contribuyeron a ahogar) y hasta los ecologistas.

El destroz más grave es para los socialistas. Prácticamente, es el único partido que pierde. Ni siquiera el pequeño partido radical de izquierdas ha perdido, porque se rumorea que puede formar parte, en alguna forma, de la nueva mayoría, incluso con un ministro. Su jefe, Fabre, se apresuró en la misma noche electoral a desligarse definitivamente del partido co-



mún. Pero François Mitterrand y su partido son las víctimas de una política que les desaconsejaron sus compañeros de la Internacional Socialista, que trató de evitar la gestión personal de Carter y todo el peso de los Estados Unidos: es el primer partido socialista europeo de la posguerra que trató de hacer una alianza con los comunistas, y ahora todos le dicen esa horrible cosa: "¡Ya te lo decía yo...!". Se lo están diciendo sus compañeros de partido, y la aventura puede costarle cara: incluso el final de su carrera política (Mitterrand, de todas formas, ha estado varias veces al borde del final de su carrera política, y tiempo más allá ha emergido con una fuerza admirable). Aún con más diputados en la Asamblea de los que contaba anteriormente, el PS va a tener que hacer una revisión profunda. Aún en la noche electoral, Mitterrand anunciaba que no había abandonado el programa común: pero amargo, despectivo, acusador para con el Partido Comunista. Piensa ahora en el horizonte 81, es decir, en la fecha de las elecciones presidenciales. Difícilmente se ve cómo podría llegar a ellas sin el apoyo de los comunistas. Y difícilmente, también, se ve que su propio partido le vaya a sostener hasta entonces. Le van

a pasar una factura muy cruel. Otro que piensa en las elecciones presidenciales es Jacques Chirac. La mayoría ha quedado bastante equilibrada y el RPR, aun perdiendo algún escaño —comento sobre resultados todavía provisionales—, se proclama el primer partido de Francia. La querrela con la UDS —la lucha Giscard-Chirac— va a reanudarse, aunque pocos dudan de que esta victoria electoral es la del Presidente de la República, Giscard d'Estaing. La derecha lo ha pasado muy mal en los últimos meses, y aún después del 12 de marzo. Todos los pronósticos, todos los sondeos de opinión, la daban como batida. ¿Se han equivocado? Puede creerse que no ha sido un error de los computadores, que daban realmente la tendencia de la opinión pública, sino un cambio de última hora —o de las últimas semanas— demasiado rápido como para que pudiera registrarse (sobre todo, los sondeos están prohibidos en Francia durante la campaña electoral, para evitar que sus resultados ectúen en forma de propaganda y modifiquen las perspectivas de voto). Del susto puede nacer la reflexión. Porque está bastante claro que si la Asamblea resultante es bastante parecida a la anterior, el panorama político ha cambiado radi-

calmente. Aunque se trate de mantener sobre el papel, el programa común de la izquierda ya no existe, y no hay amenazas electorales hasta diciembre de 1981. Pero la derecha gubernamental sabe muy bien que gobierna en un país que en el primer turno le negó la confianza, y sabe que debe su triunfo a maniobras y problemas íntimos de la izquierda. Es decir, que sería bastante grave que creyera que podía gobernar como lo estaba haciendo hasta ahora. Es constitucional que, una vez las elecciones terminadas y la nueva Asamblea constituida, el Gobierno presente su dimisión. Teóricamente, el Presidente de la República debería encargar de nuevo a Raymond Barre, puesto que en las elecciones la mayoría ha sido refrendada. Es probable que lo haga así, pero es probable también que Raymond Barre, o quien le sustituya —porque no debe excluirse una reforma total: y Chirac está insistiendo en que su RPR es el primer partido del país y tiene derecho a gobernar él mismo—, modifique su composición. Como queda dicho, existe la posibilidad de que entre algún radical de izquierdas: y hay quien supone que puede intentarse incluso la captación de algún o algunos socialistas, que contribuyeran a dar un rostro más centrista al Gobierno, y con lo que se consumaría definitivamente la ruptura con los comunistas. Son hipótesis, no tienen otro valor.

En cuanto a la Francia real, no la política, no la gubernamental, se ha despertado el lunes con una sensación nueva. Las clases populares saben ya que no llegan al poder y que, si no han llegado ahora, va a ser muy difícil que lleguen nunca. Las explicaciones menores no les bastan (aun teniendo su peso: la injusticia del sistema electoral, las presiones fortísimas del extranjero, los reflejos anticomunistas que indudablemente han representado un papel importante en la segunda vuelta, etcétera), porque habían creído en que ganaban y habían expresado su voluntad de cambio. Saben ya que los salarios no van a subir, saben que el paro obrero sigue en aumento. ¿Cómo van a reaccionar? La voluntad del PCF, como antes queda dicho, es la de recoger ampliamente este descontento y canalizarlo. Pero no hay ninguna seguridad de que sea así. Si el Gobierno y el capital no modifican seriamente su política, la posibilidad de disturbios, de huelgas y de manifestaciones se acentúa. Incluso la de sucesos como los de Italia, o como los de Alemania Federal. O como los de España. Si se considera que la fuente original de muchos de estos sucesos está en la falta de salidas reales y políticas para los problemas agudos, el resultado electoral de Fran-



Parece que el PCF se va a abrir ahora hacia la izquierda, incluyendo a los marginales y hasta los ecologistas. Marchais hace declaraciones a la prensa, tras la derrota de la izquierda.



El destrozo más grave es para los socialistas. Prácticamente, es el único partido que pierde. Mitterrand comenta los resultados en presencia del portavoz del PS, Claude Estier.

cia significa que se taponan aún más la falta de salidas, y que sin válvula de escape hay explosiones que no se pueden controlar.

Lo que no debe ser, no puede ser. Una gran cantidad de fuerzas superiores habían decidido que la victoria electoral de la izquierda y el Gobierno con comunistas no debía ser: por lo tanto, no podía ser. Desde la fuerte subida de la Bolsa de París el lunes por la mañana —y la de otras Bolsas extranjeras: el dinero es internacional— hasta los rostros sonrientes en Washington, en Bonn y en Moscú: todo demuestra que el orden vuelve a reinar. No excluyamos de las sonrisas abiertas la que habrá tenido el presidente Suárez, con su vocación giscardiana y con la posibilidad de decirles a sus amigos-enemigos de la derecha que Francia es el ejemplo de que lo que no debe ser no puede ser, y que en España ni siquiera se está en las sospechas de un "programa común". La derecha fuerte española no tendrá que acudir en defensa de sus amigos franceses, y quizá añore la posibilidad de esa cruzada.

Todo ha vuelto al orden. Todo está como Dios manda. Desde Washington o desde Moscú. ■